

es, aunque al parecer pertenece á una clase obscura; pero su rara belleza, el disfraz que ha puesto Rodolfo para llevarla á la quinta y el vivo interés que manifiesta por esa niña, prueban demasiado que este afecto singular no carece de importancia, y esta es la razón porque he prevenido ya vuestro deseo. Para allanar este inconveniente, más real y positivo que los que imagináis, ha sido necesario obrar con suma prudencia á fin de saber el modo de vivir de las personas de la quinta, y especialmente de esa muchacha... Estas noticias se hallan en mi poder, y ha llegado el momento de obrar: la casualidad me ha deparado otra vez á la horrible vieja que me robó la cartera, y sus relaciones con gentes de la clase del bandido que nos asaltó en la calle de la Cité, nos serán muy útiles. Todo lo tengo previsto... no resultará el menor indicio ni prueba contra nosotros... Y además, si esa criatura pertenece, como es de creer, á la clase obrera, acaso preferirá nuestras ofertas á la suerte que puede haber imaginado, porque el príncipe ha guardado con ella el más riguroso incógnito... En fin, mañana decidiremos esta cuestión, y sino... ya se saldrá del paso.

— Si conseguimos vencer los dos obstáculos... entonces, Tomás, nuestro gran proyecto...

— Grandes son las dificultades, pero contigo hay posibilidad de vencerlas.

— Confesad que tendremos mucho más razón para esperar si vuestro plan se ejecuta en el momento en que el ánimo de Rodolfo se halle al mismo tiempo turbado por el escándalo de la marquesa de Harville y por la desaparición de esa niña que tanto cautiva su interés... ¿ No creéis que sería entonces el momento de persuadirlo de que la hija cuya muerte llora... vive todavía... y que entonces?...

— Silencio, Sara — dijo Seyton á su hermana; — ya vienen de cenar. Y si creéis necesario advertir al marqués de Harville la cita de mañana, marchémonos porque es tarde.

— La hora adelantada de la noche á que recibirá la noticia, le probará su importancia — repuso Sara.

Y convenido esto salieron del baile los dos hermanos.

XVII

LAS CITAS

Á toda costa quería Rodolfo avisar á la marquesa del peligro á que iba á exponerse y partió de la embajada sin aguardar el final de la conversación entre Sara y Tomás, ignorando por lo tanto la trama urdida contra Flor de

María y el grave riesgo que la amenazaba. Á pesar de su noble intento no pudo salvar á Clemencia, que tenía pensado al marcharse del baile entrar por un instante al menos en casa de madama de Nerval; pero sentíase tan afectada, que se retiró á su casa. Este paso lo perdió todo.

El barón de Graün, como casi todos los concurrentes al baile de la embajada estaba convidado á la reunión de madama de Nerval, y á ella le condujo inmediatamente Rodolfo á fin de que buscarse á Madama de Harville para decirle, que siendo importantísimo que se vieran aquella misma noche, la aguardaría á pie en la puerta del palacio de Harville, y que se acercaría al coche para hablarle un momento. Cansado Graün de buscar á la marquesa, regresó con la seguridad completa de que Clemencia no había parecido. Este contratiempo desesperó á Rodolfo, cuyo objeto era advertir á la marquesa que no acudiera á la cita, y hacer que con esto la delación de Sara resultase una infame calumnia; pero ya era tarde: á la una de la madrugada el marqués recibió el anónimo.

Á las ocho se paseaba éste muy lentamente por su cuarto amueblado con sencillez, y sin más adorno que una colección de armas modernas, y un armario lleno de libros. La cama no había servido, y sin embargo la cubierta de seda estaba hecha pedazos: cerca de la chimenea veíanse por el suelo una silla y una mesita de ébano, sobre la alfombra mil trozos de un vaso de cristal, y en un rincón dos velas casi aplastadas y un candelero de dos brazos. Todo este desorden parecía efecto de una lucha violenta.

El marqués tenía treinta años; su rostro varonil y agradable, estaba contraído y pálido. Vestía el mismo traje de la vispera, aunque sin corbatín, con el chaleco destrozado, y la camisa rota y salpicada de sangre: sus cabellos por lo común rizados, pendían sobre su lívida frente lacios y en desorden. Después de pasar un rato con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la vista fija y encendida, paróse de repente ante la chimenea, cuya lumbrera estaba muerta á pesar del intenso frío que hacía. Tomó de encima de ella la carta fatal, y á la descolorida luz de aquella mañana de invierno devoró otra vez su contenido. « Mañana á la una de la tarde vuestra consorte irá á la calle del Templo n.º 17 á una cita amorosa. Seguidla y lo sabréis todo. »

Á medida que iba repitiendo estas palabras mil veces leídas y vueltas á leer, sus labios azulados por el frío parecía que deletreaban convulsivamente aquel funesto anónimo.

En tal instante se presentó un ayuda de cámara ya entrado en años, con cabello cano y honrado y bondadoso aspecto. El marqués volvió la cabeza sin variar de posición, siempre con la carta en la mano: ¿ Qué quieres? dijo con aspereza al criado.

— Éste lejos de contestar, contemplaba con aire de estupor doloroso el trastorno del cuarto, y luego mirando fijamente á su amo, exclamó: Tenéis

angre en la camisa. ¿os habréis acaso lastimado? ¿Por qué no me llamasteis como siempre, al notar...?

— Vete.

— Pero, señor: la chimenea no tiene lumbre, aquí hace un frío intolerable, y sobre todo después de vuestro....

— ¡Vete, digo, déjame.

— Señor, repuso el criado temblando, mandasteis á Mr. Doublet que estuviese aquí á las diez y media: van á dar y está ahí fuera con el notario.

— Es verdad, dijo Harville recobrando en lo posible su serenidad; cuando uno es rico tiene que ocuparse de negocios: ¡es gran cosa la fortuna! haced entrar en mi gabinete á Mr. Doublet.

— Ya está allí, señor.

— Dadme lo necesario para vestirme, pues he de salir.

— ¡Pero, señor marqués!

— José, haz lo que te mando, dijo Harville en tono más dulce. ¿Ha entrado alguno en el cuarto de la señora?

— No creo que la señora haya llamado todavía.

— Me avisarás cuando llame.

— Está bien, señor.

— Di á Felipe que venga á ayudarte porque tú no acabas en toda la mañana.

— Pero, señor, contestó tristemente José, esperad que arregle esto un poco: vería este desorden y no podría comprender lo que aquí ha pasado esta noche.

— Y si lo comprendiese sería muy triste, ¿no es cierto?

— ¡Ay señor! á Dios gracias nadie se figura....

— ¿Nadie? no, se respondió á sí mismo el marqués con aire sombrío.

Mientras que José ponía en orden el cuarto de su amo, dirigióse éste al armario de que hemos hablado, examinó con atención las armas que en él había, hizo un gesto de fatal satisfacción y dijo á José: Estoy seguro de que te has olvidado de hacer limpiar las escopetas que tengo arriba entre los avíos de caza.

— Si no me engaño, contestó José admirado, el señor marqués no me ha mandado nada de esto.

— Cierto que no, pero el hecho es que lo has olvidado.

— Protesto, señor marqués....

— Sí, sí, buenas estarán.

— No hace todavía un mes que las trajeron de casa del armero.

— Cuando esté vestido, baja todos esos chismes, quiero examinarlos todos porque quizás mañana ó pasado iré á cazar.

— Estarán aquí al instante.

Arreglado el cuarto, vino otro criado para ayudar á José, y cuando el mar-

qués estuvo vestido, entró en el gabinete en que le aguardaba el mayordomo Mr. Doublet con un pasante del notario.

— Esta es la escritura que traen, dijo M. Doublet, para leérsela al señor marqués: está corriente y sólo falta su firma.

— ¿La habéis leído?

— Sí, señor.

— Pues entonces basta: firmo. Efectivamente firmó, y el amanuense se fué llevándose los papeles. Con esta adquisición, dijo el mayordomo con aire de triunfo: Vuestra renta en bienes raíces, es de 126,000 francos; ¿no es verdad que es mucha renta, señor marqués?

— ¿No es verdad, Mr. Doublet, que soy un hombre feliz? 126,000 francos de renta en sólo las tierras es una dicha sin igual. — Sin contar los billetes de banco y sin contar...

— Seguramente, y sin contar muchas otras felicidades.

— ¡Bendito sea Dios que os ha dado juventud, riqueza, bondad, salud, todos los bienes reunidos, y entre ellos, ó por mejor decir, al frente de todos, el ser esposo de mi señora la marquesa, y el tener una hija encantadora como un querubín.

Mr. de Harville arrojó una siniestra mirada al mayordomo; y con una expresión de amarga ironía que no puede describirse le dijo poniéndole al mismo tiempo la mano en el hombro: Con una renta de 126,000 francos, una mujer como la mía y una hija como un querubín, nada hay que pueda desear ¿no es cierto?

— Todavía queda, señor marqués, contestó cándidamente el mayordomo, y es vivir mucho tiempo para casar á la señorita vuestra hija, y ser abuelo, cosa que deseo yo con toda mi alma al señor marqués; y á mi señora la marquesa, que sea abuela y bisabue'a.

— ¡Es mucho Mr. Doublet; tiene las ocurrencias más felices!

— Gracias, señor marqués. ¿Tenéis alguna cosa más que prevenirme?

— Nada... sin embargo, ¿cómo estamos de dinero en caja?

— Tengo 19.300 y pico libras sin contar con lo del banco.

— Traedme hoy mismo por la mañana diez mil francos en oro, y si no estoy en casa dejadlos á José.

— Dentro de una hora estarán aquí. ¿Mandáis algo más?

— Nada más.

— ¡126,000 francos de renta! repetía el mayordomo al salir: hoy ha sido un día feliz: ya temí que se nos escapara esa quinta que nos hace tan al caso. Servidor vuestro, señor marqués.

— Adiós, Mr. Doublet.

Cuando el mayordomo estuvo fuera Harville se dejó caer en la silla, y apoyando los codos en la mesa ocultó el rostro entre las manos. Por primera vez desde que recibió la fatal carta de Sara pudo llorar. Es un cruel sarcasmo del

destino, exclamaba, el haberme hecho rico : ¿ qué es lo que colocaré dentro de este estuche de oro ? Mi afrenta y la infamia de Clemencia, la infamia que la publicidad estampará sin duda en la frente de mi hija ; ¡ y qué ! ¿ debo dar á esto publicidad, ó debo compadecerla ? pero no, gritó levantándose y arrojando chispas por los ojos y apretando consulsivamente los dientes ; no es menester sangre ; lo terrible es enemigo de lo ridículo ; ahora comprendo su aversión ; ¡ miserable !... y luego deteniéndose de pronto como aterrado por una reflexión súbita, añadió : bien sé yo el motivo de su aversión ; le causo horror. ¿ Pero es acaso culpa mía ? añadió ; ¿ no merezco compasión en vez de odio ? no, sangre, sangre, y los dos, porque ella todo se lo habrá contado al otro. Esta idea redobló el furor del marqués. Luego pasando por los ojos su mano calenturienta y convenciéndose de la necesidad de aparecer tranquilo ante los criados, entró con aparente calma en el dormitorio en donde estaba José.

— ¿ Y las escopetas ?

— Aquí las tenéis, señor, y en excelente estado.

— Voy á asegurarme de ello : ¿ ha llamado mi mujer ?

— Lo ignoro, señor.

— Anda á saberlo.

Cuando el criado hubo salido, el marqués sacó á toda prisa de dentro de la caja de las escopetas un frasquito de pólvora y algunas balas, fué en seguida al armero, tomó un par de pistolas, cargólas y se las metió en las bolsillos del levitón.

— La señora marquesa está visible, dijo José entrando.

— ¿ Ha pedido el coche ?

— Al contrario, Julieta ha dicho delante de mí al cochero que como hace frío y no hay barro, la señora saldrá á pie, en caso de que salga.

— Muy bien ; te advierto que si voy á cazar será mañana ó pasado.

— ¿ No queréis el bastón ?

— No : dime, ¿ no hay coches de alquiler aquí cerca ?

— Sí, señor, en la esquina de la calle de Lille. El marqués vaciló un momento y después dijo : Pregunta otra vez á Julieta si la señora está visible. Vamos á ver, discurría el marqués cuando estuvo solo : ese es un espectáculo como cualquiera otro. Sí, quiero observar la pérfida máscara bajo la cual oculta esa mujer infame el gozo que siente por el crimen á que se prepara : oiré como su boca miente, y leeré el delito en su mismo corazón ya viciado. Es curioso ver como mira y habla y responde una mujer que se dispone á echar sobre el nombre de su esposo una mancha que sólo con sangre podrá ser lavada. Me mirará, como siempre, con la sonrisa en los labios y el candor en el rostro. Me mirará como mira á su hija cuando la besa en la frente y la hace rezar : ¡ y la mirada es el espejo del alma ! exclamó en tono de desprecio : cuando es más dulce y pudorosa, suele ser más falsa y corrompida. Mi mujer lo justifica, y sin embargo, yo

he caído en el lazo como un necio. ¡ Con qué frío é insolente desdén debía contemplarme, cuando acaso en el momento de ir á verse con el otro le daba yo



Aquí las tenéis, señor, y en excelente estado.

mil pruebas de estimación y de ternura, y le hablaba como á una madre casta en quien se ha puesto la esperanza de toda la vida !

No, no la veré más, no quiero verla, ni á mi hija tampoco ; me haría traición á mí mismo y comprometería la venganza que acaricio. Salió el marqués, y en

vez de entrar en la habitación de su esposa dijo á una doncella : Diréis á la señora que deseo hablarla esta mañana, que ahora voy á salir un momento que si quiere almorzar conmigo estaré aquí á medio día ; pero que si no le viene bien, no importa. Juzgando que volveré á casa, pensó el Marqués se creará mucho más segura, y se fué á la inmediata plaza en donde había coches de alquiler.

— ¡ Cochero, por horas !

— Muy bien, caballero, son las once y media. ¿ Adónde vamos ?

— Calle de Belle-Chasse, esquina á la de la calle de Santo Domingo, á lo largo del muro de un jardín... allí te detendrás.

— Muy bien, caballero.

Corrió el marqués las cortinas, el coche partió y dentro de pocos instantes se hallaba enfrente de la casa de Harville. Nadie podía salir del portal del marqués sin ser visto por él desde aquel sitio... Á la una era la cita de su mujer, y su fija y ardiente mirada no se apartaba un momento del portal. Su imaginación luchaba con un torrente de cólera impetuoso, y el tiempo pasó para el marqués con una rapidez increíble. Cuando dieron las doce en Santo Tomás de Aquino, se abrió la puerta de la casa de Harville y salió lentamente la marquesa.

— ¡ Ya!... ¡ Oh, qué exactitud ! Teme sin duda hacer esperar al *otro!*... — dijo el marqués con amarga ironía.

El frío era intenso y las calles estaban secas. Llevaba Clemencia un sombrero negro con velo de blonda del mismo color. Su gran chal de cachemir azul oscuro, caía hasta el volante de su vestido que levantó ligera y graciosamente para atravesar la calle. Este movimiento descubrió hasta el tobillo su leve pie, maravillosamente calzado con un botín de raso turco.

Á pesar de las terribles ideas que agitaban al marqués de Harville, cuando observó en aquel momento el pie de su mujer, jamás le había parecido tan lindo y seductor... La vista de aquel pie exasperó su furor, y al pensar en la felicidad de su odioso rival, sintió en el corazón la aguda punzada de los celos... Pasaron de repente por su imaginación con caracteres de fuego todos los ardientes halagos de un amor dichoso y apasionado y sintió por primera vez en su vida un dolor físico, profundo, penetrante que le arrancó un grito sordo del corazón.

Hasta entonces sólo había padecido su espíritu, porque sólo había pensado en su honor y en la santidad de los deberes ultrajados : pero su último dolor fué tan agudo, que casi no pudo simular la alteración de su voz al levantar la cortina para decir al cochero :

— ¿ Ves esa señora de chal azul y sombrero negro que va por la acera del muro ?

— Sí, señor.

— Síguela... Si se dirige al sitio en donde he montado, te detendrás, y si toma un coche síguelo también.

— Muy bien, caballero... ¡ Hola ! ¡ esto pica en historia !

La marquesa de Harville se dirigió en efecto al sitio de los coches y alquiló uno.

El coche partió al trote.

El del marqués lo siguió.

Al cabo de algunos minutos el cochero tomó el camino de Santo Tomás de Aquino, y con asombro del marqués se detuvo delante de la iglesia.

— ¿ Qué haces ? ¿ qué es eso ?

— Caballero, esa señora acaba de entrar en la iglesia... ¡ Cáspita !... ¡ qué pierna tan soberana !

Mil pensamientos diversos se agolparon en la cabeza de Harville : creyó al pronto que su mujer intentaba cambiar de dirección por haber notado que la seguían. Luego pensó que la carta que había recibido podría ser una infame calumnia. Si Clemencia es culpable ¿ por qué esta falsa apariencia de piedad ? ¿ No sería un escarnio sacrílego ? Descubrió un instante el marqués un rayo de esperanza, pues no podía explicarse el contraste de aquella piedad aparente con el crimen de que acusaba á su mujer... Esta ilusión consoladora no duró mucho tiempo.

El cochero se volvió hacia la ventanilla y le dijo :

— Caballero, la señorita vuelve al coche.

— Síguela.

— Muy bien, caballero... ¡ Vaya un lance gracioso !

El coche pasó por el muelle, por la casa de ayuntamiento, por la calle Saint-Avoye y llegó por fin á la del Templo.

— Caballero — dijo el cochero volviéndose hacia el marqués de Harville — el camarada paró en el número 17, estamos en el 13 ¿ pararé también ?

— Sí.

— Caballero, la señorita ha entrado en el portal del número 17.

— Abre pronto.

— Ya voy, caballero

Algunos momentos después entraba el marqués en el portal siguiendo los pasos de su mujer.

XVIII

UN ÁNGEL

Atraídos por la curiosidad madama Pipelet, su marido y una ostrera vecina se agruparon en el umbral de la portería. La escalera era tan oscura, que